

lebrar esta fiesta; y cuán léjos estaba de ponerse luto por la muerte deste hijo, pues ese día contra el estilo y autoridad de su persona y edad, se vistió de ropas blancas en señal de alegría. ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? ¿Dónde la vehemencia del amor de madre para con un tal hijo? Donde tambien verá cuán grande sea el merecimiento de padecer trabajos por la obediencia y gloria de Cristo, pues á este posponian las sanctas madres, la vida y amor de sus hijos. Estos y otros semejantes frutos podrá coger el prudente lector, leyendo esta historia, con la cual tambien se avergonzará de regalar su carne, y se consolará en sus trabajos, y esforzará á padecer alguna cosa por amor de aquel Señor, por quien los mártires tanto padescieron; y finalmente verá cuán grande mal sea un pecado mortal, pues por no caer en él, aunque fuese por un pequeño espacio, tales tormentos padescieron los mártires, aunque sabían que caidos en él por temor de los tormentos, tan fácilmente alcanzaran el perdon como lo alcanzó el príncipe de los Apóstoles (1), cuando por temor humano negó á Cristo, etc.

## CAPITULO XXIII.

De otra persecucion que padesció la Iglesia en tiempo del emperador Antonino Vero.

Despues desta tan grande persecucion de Diocleciano, añadiré aquí un pedazo de otra que fué en tiempo de Antonino Vero, referida por una devotísima carta de los fieles de Leon de Francia y Viana (que contiene cosas admirables), la cual enjiró Eusebio Cesariense en el quinto libro de la Historia Eclesiástica, por estas palabras:

Nobilísimas ciudades de Francia son Leon y Viana, por donde pasa el muy caudaloso rio Ródano, en las cuales en tiempo del imperio de Antonino Vero acaescieron muchas cosas memorables, así por la crueldad de los perseguidores, como por el fuerte sufrimiento de los nuestros. Pero será deleitable cosa oírlas recontadas por la carta que los moradores de las mismas ciudades escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia, del tenor siguiente:

## §. I.

Principio de la persecucion, y del prolongado martirio de los bienaventurados Sancto y Blandina.

Los siervos de Cristo moradores de Leon y Viana, ciudades de Francia, á todos los hermanos que en Asia y Frigia tienen la misma fe y esperanza de gloria, por la redempcion de Cristo. Paz sea con vosotros, gracia y gloria de Dios Padre, y de Jesucristo su hijo. La grandeza de nuestra tribulacion, y la crueldad de los gentiles, que en los sanctos mártires ejecutan, ni nosotros en presencia podemos comprender, ni ménos referir á otros por cartas. Con todas sus fuerzas nos acometió el enemigo, esperando que por la terribilidad del combate descubriria portillo por donde se entrase la ciudad de nuestra fe. Y para esto enseñaba á sus ministros á cumplir en los siervos de Dios todas las artes de crueldad y malicia. Primero vedándonos la morada de nuestras propias casas, despues el uso de los baños comunes, de ahí adelante mandando que no parezcamos en público. Finalmente que ni en público, ni en secreto, ni por los campos estemos en compañía de hombres. Mas la gracia de Dios no nos aparta de sí: ántes á los mas flacos de

(1) Matth. 26.

nosotros libra de su poder, y pone por escudo varones mas firmes que colunas, que por su paciencia pueden no solamente sufrir los golpes del enemigo, mas de su gana salirle al encuentro, y alegremente ofrecerse á los tormentos é injurias, y avergonzar á los verdugos cansados, pareciéndoles que por su flojedad se detienen, segun la priesa llevan al reino de Cristo, pregonando con sus obras y con la virtud del sufrimiento lo que el Apóstol escribe (a): que no son merecedoras las pasiones deste siglo de la gloria venidera, que se revelará en nosotros. ¡Oh cuán animosamente sufren el *mueran*, *mueran* del pueblo, y sus baldones y denuestos tienen por esclarecidos loores! ¡Oh cuán de buena gana esperan á ser encarcelados, y azotados, y apedreados, y todos cuantos tormentos inventa la furia del pueblo! Finalmente un día con gran alboroto, estando presente el capitan y todos los principales de la ciudad, fueron presos muchos hermanos, y llevados á la presencia del juez, que á la sazón venía de fuera; con los cuales usó de tanta inhumanidad, que nadie podrá decir las formas de penas que su ferocidad descubrió. Uno dellos era Vecio Pagato, el cual con Dios y con los hombres guardaba perfecta y verdadera caridad; cuya vida, aun en su juventud, era de todos tan aprobada, y en tanto tenida, que á muchos gravísimos viejos era antepuesto; porque conversaba sin queja ni agravio de alguno en todos los mandamientos y justicias del Señor, y siempre se hallaba presto y alegre para el servicio de los siervos de Dios. Este, lleno de sancto celo y fervor de espíritu, viendo que tan duros tormentos se daban á los sanctos, y que contra derecho y razon tantas penas se intentaban contra las entrañas de hombres, y tales hombres, no pudiendo sufrir tanta injusticia, demandó audiencia para alegar por los excelentes ciudadanos, y responder por aquellos contra quien ningun crimen se podía probar; porque con ser el mas noble, era tambien el mas enseñado de toda su gente. Pero la porfiada dureza del juez no dió lugar á que hablase lo que queria; mas solamente le preguntó si él tambien era cristiano. A quien respondió con libre y alta voz, que cristiano era. Dijo entonces el juez: Sea puesto en compañía de los presos, pues se hace su abogado. Antes deste, el sancto presbítero Zacarías, por la perfeccion de su caridad, siguiendo las pisadas de quien por sus ovejas puso su ánima, por defension de la libertad de los fieles padesció martirio; y así el uno como el otro siguieron al Cordero, do quiera que va en el reino celestial. Pues con tales capitanes, esforzándose todo el ejército de los fieles, alegremente pierden sus vidas ántes que menoscaben su fe. Verdad es que algunos flacos para sufrir el peso de los tormentos, que eran diez en número, nos dejaron por su caída grande lloro y tristeza, y quebrantaron los corazones de muchos, á quien la virtud de los primeros habia animado. Por donde comenzamos á temer, no los dolores, mas el incierto fin de cada uno, y mucho mas gravemente nos afligian las caídas de los nuestros que las mismas heridas. Pero cada día se prendian otros con que se recompensaba la falta de los vencidos: tanto que en ambas ciudades todos los mas señalados, y estimados en virtud (por cuya industria se regian las iglesias) están en la cárcel; entre los cuales acaeció, que prendieron algunos paganos siervos de los nuestros (porque comunmente estaba mandado que to-

(a) Rom. 8.

dos se pesquisasen y prendiesen), los cuales, temiendo los tormentos que veian dar á sus señores, y justiciados por los verdugos (á quien por consejo del diablo habia sido mandado que los amonestasen), testificaron falsamente contra los nuestros delictos abominables: Que matábamos niños y los comiamos, y que cometiamos torpedades que no es lícito decir ni pensar, cuales no es creible que hombres en ningun tiempo hicieron. Lo cual, como se publicase de nosotros á la gente, todos nos aborrecian y maldecian, aun aquellos que ántes deseaban mas templanza en nuestro tratamiento. Y todos á una voz comenzaron á bramar y encruelcerse contra los cristianos. Entonces entendimos que se cumplia lo que el Señor tenia dicho (b): Vendrán días, cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio á Dios. De ahí adelante sobrepuja toda arte de decir la terribilidad de los tormentos que á los sanctos mártires se daban: porfiando Satanas por la grandeza de la afliccion acabar con alguno dellos, que confesase los delictos de que éramos infamados. Para lo cual se juntaron con igual furia el pueblo, y juez, y sus oficiales, y la gente de guerra, apretando señaladamente al sancto Diácono Vienense, y á Maturó recien baptizado (pero muy confirmado en la fe), y á Atalo, ciudadano de Pérgamo, que fué columna y sustentacion de nuestra Iglesia; y á Blandina, mujer en quien mostró Cristo que las cosas tenidas en poco y despreciadas de los hombres, son por él mucho estimadas, y que la caridad fortalece por la gracia las cosas que de su natural son flacas. Porque temiendo todos nosotros que Blandina blandearia porque era esclava y de bajo estado, y recelándose su misma señora, que era del número de los mártires, que por ventura con vil corazon se dejaria vencer de los dolores, y que por la flaqueza del cuerpo apenas tendria fuerzas para sufrir los algunos acometimientos, no fué así. Ca primero desmayaron y se enflaquecieron las fuerzas de los sayones, que por mandamiento del juez unos despues de otros se renovaban, tanto que dende el alba hasta la tarde todo el día gastaron en sus tormentos; y finalmente se rindieron, cuando á ella no quedaban carnes que pudiesen recibir mas heridas. Pero aquella dichosa mujer (segun despues ella misma nos descubrió), cuantas veces pronunciaba palabras de confesion, diciendo: *Cristiana soy*, tantas veces volvian á su cuerpo las fuerzas perdidas, y cesando por la confesion los dolores, tornaba de refresco á la lucha. Por lo cual conociendo la virtud de aquellas palabras: *Cristiana soy*, mas á menudo y con mayor alegría las pronunciaba, diciendo: *Cristiana soy*, y ningun mal hacemos de los que nos acusais. Asimismo el diácono llamado Sancto sufrió nuevos linajes de penas, mayores que decir se pueden, y que es posible sufrir á la humana naturaleza. Pero el varon, lleno de Dios, tan grande escarnio hizo de sus fieros y rabiosos mordiscos, que nunca, siendo preguntado, les quiso declarar de qué ciudad era, ni de qué provincia, ni de su linaje, ni siquiera su nombre; mas siendo preguntado de todas estas cosas, á cada una respondia: *Cristiano soy*, este es mi nombre, este es mi linaje, esta es mi naturaleza, y no soy otra cosa sino *cristiano*. De donde á los verdugos su mesmo coraje era tormento, viendo que con tantas heridas no le podian sacar que manifestase su apellido, dado que le ponian planchas de hierro y de cobre ardiendo sobre las ingles y en otras partes delicadas del

(b) Joan. 16.

cuerpo, y de nuevo las encendian, y así sus carnes con el fuego se derretian, pero su corazon perseveraba entero, y constante, y sin temor, templando las ardientes llamas del fuego con el agua de la celestial y eterna fuente de vida que salió del costado de Jesús. Ya todos los miembros del cuerpo tenia llagados, mas ántes en todo su cuerpo tenia una llaga, y la figura de hombre tenia perdida, tanto que no solo no se podia conocer quién era, mas ni qué era: solamente se conocia en él Jesucristo por su gloriosa confesion, y por la paciencia con que vencía el poder de los enemigos. Esforzaba sus compañeros al sufrimiento con el ejemplo de su pasion, mostrando á todos en su mesma persona, que ninguna cosa hay terrible á quien Dios ama, y ninguna pena se siente, que se sufre por el deseo del paraíso. Pero los oficiales de la maldad no reverenciaban la virtud del sancto mártir, mas despues de pocos días, pensando que si (estando las llagas hinchadas y tan lastimeras, que de solo tocarlas recibiria molestia) le renovasen los tormentos, y le rompiesen las carnes podridas, consentiria en su infidelidad; ó espirando en el tormento pondria espanto de su fiereza, y miedo á todos los otros, volvieron á atormentarlo. Pero todo salió al revés de lo que los malos pensaron; porque por los segundos tormentos volvió su cuerpo á su primera sanidad y hermosura, y las fuerzas de los miembros que la primera crueldad habia quitado, restituyó la segunda: así que, los tormentos repetidos no le fueron dolorosos, ántes medicinales. Despues desto sacaron á Blandina (de quien arriba contamos) otra vez al tormento; la cual como estuviere medio muerta, como dicen, y el pié en la sepultura, en tocándole los primeros golpes, como si la recordaran de profundo sueño, puso su corazon en la bienaventuranza venidera; y como senador que dende lugar alto y público hace razonamientos al pueblo, con tanta autoridad y seguridad comenzó á decir: Muy errados estais, ó varones, que pensais que comen carnes humanas los que por su templanza dejan de comer carne de animales comederos. Y perseverando por algun rato en su firmeza, otra vez la volvieron á la compañía de los otros presos.

## §. II.

Del martirio de Sant Fotino, obispo, y algunos otros; castigo de los renegados, y fortaleza de Sancta Blandina.

Despues que vació el aljaba de todas sus saetas el enemigo, faltando ya linajes de penas que sobrepujasen la constancia de los mártires, halló el demonio nuevos ardidés para combatir su fortaleza. Dejólos consumir en la estrechura y en la humedad de la cárcel con pesadumbre increíble y apretamiento de prisiones, metidos en sótanos hondos y oscuros, para que allí espirasen por el dolor de las llagas recibidas. Y así fué que muy muchos en esta afliccion dieron el alma á Dios, aceptando el Señor su fin glorioso. Pero en tanta fatiga no os faltó el socorro de la gracia soberana; porque algunos otros, dado que no ménos crueles tormentos habian recibido, de que poco ni mucho se habian curado, en lugar tan contrario á su salud, por la virtud divina convalescieron, y cobraron súbita alegría de corazon, y fuerzas corporales, no en balde, mas para amonestar á los otros la virtud de la perseverancia. Mayores dolores sentian por los que del día ántes habian sido atormentados; porque aun no se habia mitigado el escocimiento de las llagas. Estos morian con la fatiga del hedor de la cárcel, y con la

estrechura y escuridad en que estaban, uno de los cuales fué el bienaventurado Fotino, obispo de Leon, cuya pasion gloriosa no es justo callar. Porque siendo de edad de noventa años, y sin fuerzas corporales, como hombre de tanta vejez, y quasi todo al mundo muerto, y solamente vivo para el amor del matirio, fué llevado á la audiencia del juez, no guiándole otros, mas llevándole en hombros, porque estaba debilitado por los muchos años y largas enfermedades. Cuya ánima se habia detenido para que Cristo triunfase mas gloriosamente en tan miserable cuerpo. Y puesto el viejo en presencia del pueblo, todos á una voz dijeron: Este es el mesmo Cristo. Y preguntándole el juez: ¿Quién es el Dios de los cristianos? Respondió: Saberlo has, si fueres digno. Luego se encendió la furia rabiosa de todos, y los que cerca estaban, comenzaron á herirle con puñadas, bofetadas y coces, sin acatamiento de su anciania y autoridad. Y los que estaban apartados, arrojábanle cualquiera cosa que á mano hallaban, con que le pudiesen herir; tanto que se tenia por culpado el que de alguna manera no lastimase al viejo, creyendo que desta manera vengaban á sus dioses. Pero como despues de muchos escarnios y golpes le metiesen medio muerto en la cárcel, poco despues envió á Dios su glorioso espíritu.

En la mesma aflicion hizo con nosotros la benigna mano del Señor grande misericordia sin nosotros esperarla, mas concedida por la liberalidad divina, y ordenada por la sabiduría de Cristo, que quiso magnificar á sus fieles. Los perseguidores hicieron lo que no hay memoria que otros hiciesen en los tiempos pasados. Todos aquellos que primero siendo llamados, ó puestos á tormentos habian negado la fe, metieron juntamente en la cárcel. Y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Por lo cual tenian los desventurados la pena doblada. Porque la esperanza del descanso, y la gloria de su confesion mitiguaba los dolores de los leales, y la caridad de Cristo, y la gracia del Espíritu Sancto recreaba su aflicion; pero á estos su propia consciencia fatigaba mas ásperamente que los grillos, y cadenas, y el hedor de la cárcel: tanto que en el gesto y en los ojos se diferenciaban de los fieles. Porque los santos salian á la audiencia ó al tormento regocijados, y en sus rostros parecia no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermozeaban como collares de perlas; y de la suciedad de la cárcel salian olorosos á Cristo, y á sus ángeles, y á sí mesmos, como si no hubieran estado en cárceles, sino en jardines. Los otros salian tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes; y á los mesmos gentiles eran escarnio como fementidos y cobardes, que perdida la lealtad, no escapaban de ser castigados; porque privados del título de cristianos, pasaban por la pena de adúlteros y homicidas. Lo cual viendo los otros mucho mas se animaban, tanto que en siendo presentados, sin deteniimiento ni alteracion afirmaban que eran cristianos. Despues de algunos dias Jesucristo los envió pocos á pocos á su padre coronados con guirnaldas de diversas flores, por las diversas penas de sus martirios; para que de mano del soberano Emperador, como caballeros vencedores recibiesen las insignias y galardón de su triunfo. Porque Maturó, y Sancto, y Atalo, y Blandina en un dia de fiesta que los gentiles celebraban ayuntados millares de gente, fuéron puestos en medio del campo, donde apar-

tando á Maturó, y á Sancto, como de nuevo porfiaban por todas vias los verdugos, instigados por la locas voces del pueblo, de quebrantar su paciencia, y quitarles las coronas de la cabeza. Pero sus corazones tanto mas se esforzaban, cuanto mas cercana sentian la palma del vencimiento: la cual les parecia que ya tocaban con la mano, y la llevaban levantada entre los ángeles y ánimas bienaventuradas. Acabadas las diferencias de tormentos, y llegado quasi el fin de las fiestas, perseverando inmovibles, fuéron sentados en sillas de hierro ardiendo, donde derretidas sus carnes, primero azotadas, y finalmente cortadas las cabezas, enviaron sus esforzados espíritus á Dios.

Despues desto ataron á Blandina á un tronco, extendida á manera de cruz, y así la dejaron para que fuese comida de bestias. La cual puesta en el madero, con sereno y alegre rostro hacia oracion al Señor, suplicándole á ella le diese firmeza, y á los otros sus compañeros perseverancia. A la cual oracion no poco ayudaba con el ejemplo de su gran fortaleza, cobrando confianza con lo que está escrito, que los seguidores de las pasiones de Cristo (c) serán en su compañía juntamente coronados. Y como ninguna fiera osase tocar en su cuerpo, pusiéronla otra vez en la cárcel, guardada para mayores luchas, y para acabar de desmenuzar la cabeza de la serpiente, y para que entre tanto esforzase los corazones de los hermanos, viendo que mujer flaca de su linaje y fuerzas, tantos linajes de tormentos sufría, y de todos salia vencedora. Atalo fué luego pedido por la grita del pueblo; el cual era noble, pero su mayor dignidad era su perfecta vida y constancia en la fe de Jesucristo. Y como le sacasen al corro de toda la gente, con un rótulo que decia: *Atalo, cristiano*, comenzó á bramar contra él el furioso pueblo. Pero siendo el Presidente informado que era ciudadano romano, remitióle á César, mandando que entre tanto estuviere preso á buen recaudo, hasta que llegase la determinacion del Emperador, para lo que se habia de hacer dél y de los otros.

### §. III.

Prosigue la historia de la misma carta.

Entre tanto los santos mártires detenidos en la cárcel, no consentian pasar el tiempo en balde; mas con alegría de corazon, y con grandeza de fe animaban á los que mas flacos parecian; y ántes que ellos saliesen al tablado, enviaban por sus amonestaciones muchas ánimas á la gloria. De donde nascia incomparable gozo á la sancta madre Iglesia, viendo sus hijos (que al parecer estaban quasi muertos) ser por el esfuerzo destes restituidos á la vida; y que otros, que negando habian sido abortados de su vientre, otra vez renascian, y respiraba en su pecho la fe viva del Salvador, y la esperanza de lo que está escrito (d): que no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta, y viva. Dende á algunos dias llegó el mandamiento del César, que los pertinaces fuesen castigados, y los que negasen fuesen sueltos. Luego en un dia señalado, que en nuestra ciudad se hace mercado muy caudaloso, ante gran ayuntamiento de gente mandó el juez aparejar sus estrados, y traer delante de sí los presos, no solo para ejercitar en ellos su crueldad, mas para hacer dellos pomposo fausto, y ganar injusta y vana gloria de los circunstantes. Otra vez vuelven las cruces, otra vez los azotes, otra

(c) 2. Cor. 1. (d) Ezech. 18. et 33.

vez los tormentos, y difinitivamente mandó que los que fuesen hallados ciudadanos romanos fuesen degollados, los otros echados á las fieras. Mas los unos y los otros con igual generosidad y alegría cantaban loores al Señor por el fin de sus trabajos. Y muchos de los que ántes habian negado, y no por eso se libraron (segun arriba dijimos), dado que entónces los mandaron soltar, holgaron ántes de ser atados con los corderos, y llevados al sacrificio; y apartados de la manada de la perdicion, se juntaron al rebaño de Cristo. Y conociendo el juez de la causa destes, acaesció que Alejandro, de nacion frigio, médico, varon religioso y prudente, amado y agradable á todos por la bondad de sus costumbres y cordura, estando en presencia del juez, encendido en amor de Dios y celo de la salvacion de sus hermanos, los esforzaba y amonestaba, cuando los ponian á tormento, con señas y meneos; pero tan osada y tan claramente, que los ciegos veian lo que les avisaba. Y como el pueblo lo viese, ensañóse sobremanera, mayormente viendo que los que ántes habian negado, daban la vuelta. Y dieron voces y quejas contra Alejandro, diciendo que por su consejo se convertian. Al cual mandó el juez llegar á sí; y preguntándole quién era, con libre voz confesó su cristiandad. Por lo cual sin dilacion le condenó á que le echasen á las fieras. Y en el dia siguiente le hizo sacar con Atalo, á quien por agradar al pueblo contra el mandamiento del César hizo echar á las bestias. Pero ninguna de las fieras llegó á hacer mal á alguno de los santos. Por lo cual los hizo azotar y dar otros tormentos en medio de todos, y despues delante de todo el pueblo degollar. Calló Alejandro en todas las penas, que ninguna palabra dijo; mas dende el principio hasta el fin siempre lo hubo entre sí y Dios, y en sus loores se ocupaba, y en continua oracion.

Pero Atalo, estando en el tormento sobre un asiento de hierro ardiendo, y tostándose sus carnes, y pasando el olor dellas por las narices de los circunstantes, dijo: Esto me parece que es comer carne de hombres. Pues ¿por qué con tanta ansia pesquisais quién hace secretamente lo que vosotros cometéis en público? Como quiera que nosotros ni comemos carnes humanas, ni hacemos algun mal de los que nos acusais. Y siendo preguntado: ¿Qué nombre tiene tu Dios? Respondió: Los que son muchos tienen necesidad de nombres para ser conocidos; pero quien es uno, no tiene necesidad de nombre determinado.

Despues destes en el postrero dia de las fiestas sacaron á Blandina con Póntico, muchacho, su hijo, quasi de quince años: los cuales por mandamiento del juez habian estado presentes á los tormentos de los pasados, para que vistos aquellos se atemorizasen; y puestos en medio mandáronles que jurasen por los dioses. A lo cual ellos respondieron: Ningunos dioses hay por quien podamos jurar; y con otras muchas palabras injuriaron á los dioses de los gentiles. Por lo cual creció la furia del pueblo contra ellos, y sin compasion de la ternura del niño, ni respecto de la honestidad de la mujer, los pasaron por todos los tormentos de uno en otro. Entónces Póntico, tomando siempre mayor esfuerzo por amonestacion de su madre, y perseverando constantemente en la fe del Salvador, dió al Señor su purísimo espíritu. Y la bienaventurada Blandina despues de todos, como noble madre de todos, se daba priesa por seguir los hijos que delante de sí habia enviado á la gloria del martirio, segura y alegre co-

mo si fuera al tálamo de su Esposo, ó á convite de bodas: tanto que siendo azotada, y quemándose en las parrillas, no disimulaba su alegría; ántes mostraba tanto su regocijo, como si estuviera á la mesa del Rey. Despues fué echada á las bestias, pero ninguna la tocó. De allí inventaron otro género de crueldad; porque encerrándola en una red, la pusieron delante de un toro feroz, para esto primero agarrochado: el cual aunque le dió muchos golpes, y la arrastró por el campo, ningun mal ni lision le hizo; mas permanesció como siempre con alegre rostro y corazon firme, y confiada en Cristo hablaba siempre con él en su corazon. Finalmente fué llevada al tablado para ser degollada con gran espanto de los malos, que decian que nunca hembra se vió que tal hubiese sufrido.

Con todo esto aun no se hartó la fiera de los crueles; porque las costumbres bárbaras y feroces embriagadas con el veneno de la antigua serpiente, no se podian aplacar: ántes, del sufrimiento de los mártires tomaban materia de mas braveza, porque se avergonzaban mucho que hubiesen tenido los atormentados mayor virtud para sufrir, que fuerzas los atormentadores para atormentar. Y de aquí se inflamaba mas el juez juntamente con el pueblo, para que se cumpliese lo que está escrito (e): El malo persevere en su maldad, y el justo permanezca en su justicia. Pues con sobrado coraje mandaron (cosa nunca oida) que los cuerpos de los mártires fuesen dejados á los perros, puesta guarda de dia y de noche, para que ninguno movido á compasion cogiese sus huesos. De manera que si algun pedazo de carne habia escapado del fuego, ó de la boca de las fieras, junto con las cabezas cortadas, y cuerpos troncos, quedaban sin sepultura; y escudriñaban si habia mas que hacer á la inhumana crueldad contra aquellos que habian salido de los términos de la vida; y regocijábanse las gentes, magnificando sus ídolos, por cuya virtud decian que se habian vengado de sus enemigos. Y si alguno entre ellos habia manso y compasible, decia: ¿Dónde está su Dios? Qué les aprovechó esta nueva religion por la cual perdieron las vidas? Entre ellos pasaban estos escarnios, y entre nosotros habia gran llanto, principalmente porque no podiamos sepultar los cuerpos. Porque ni en la soledad de la noche teniamos facultad de arrebatarlos, ni éramos bastantes para sobornar á las guardas con ruego ó con dineros: tan cuidadosamente tenian proveido que no se diese sepultura á los huesos desnudos. Despues de algunos dias para nos quitar toda esperanza de haber sus reliquias, quemaron los huesos de los santos, y vueltos en ceniza los echaron en el rio Ródano; y desta manera les parecia que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de su resurreccion. Porque decian: Esperan estos que algun tiempo se han de levantar de los sepulcros; y por esto engañados con esta vana supersticion se ofrecen á los tormentos y á la muerte. Pues agora veamos si resuscitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos. Esto es lo que en aquel tiempo pasaba en Francia, relatado por la carta de la Iglesia de Leon: donde podemos conjeturar lo que se hacia en las otras provincias.

### §. IV.

Prosigue la mesma carta, contando la mansedumbre y humildad, y otras virtudes de los sobredichos mártires.

Pero no me pareció justo dejar lo que en la sobredicha (e) Apoc. 22.

cha carta se escribe, allende de los tormentos y muertes de los santos. Puestos en tanta gloria, habiendo tantas veces dado testimonio de su fe, domadas las fieras, apagados los fuegos, resfriadas las láminas de fuego ardiendo, no se olvidaban del ejemplo de Cristo, que siendo por naturaleza igual al Padre, y de la misma majestad y gloria, se humilló tomando forma de siervo. Por cuya imitación ellos se humillaban tanto, que ni ellos se llamaban mártires, ni consentían ser así llamados. Y si alguno por carta ó de palabra así los llamaba, reprehendíale, diciendo que tal título á solo Jesucristo pertenecía, que solo fué hallado fiel testigo de la verdad, y es primogénito de los muertos, y autor de la vida eterna. Y ya que á otros se pueda comunicar este apellido, á aquellos conviene que por firme confesion merecieron partirse desta vida, y llegar á la gloria. Pero nosotros (decían ellos), viles y necesitados, deseamos que siquiera la confesion de la fe permanezca en nuestro corazon y lengua. Y así pedían á los otros hermanos, que rogasen á Dios por ellos, para que mereciesen alcanzar las insignias de perfectos mártires. Así que, tanta era su humildad, que siendo verdaderamente mártires, no presumían gozar de tal nombre. Pero con los gentiles de otra manera se habian: á los cuales mostraban la generosidad de su ánima, desdenando sus tribunales, y escarneciendo de sus tormentos. Así que, eran entre los hermanos humildes, y con los perseguidores magnánimos: á los suyos mansos, y á los adversarios terribles; á Cristo sujetos, al diablo y á sus oficiales altivos; humillándose debajo de la poderosa mano de Dios, que agora los ensalza. Abonaban á todos, acusaban á ninguno, á todos excusaban, y á ninguno condenaban, y por sus perseguidores hacían oracion con las palabras de su alférez Sant Estéban (f): Señor, no les cuentes este pecado. Lo cual encendía mas el coraje del demonio, para hacerles mas cruda guerra; porque por la ardiente caridad que con Cristo tenían, alcanzaban dél virtud para sacar vivos de las entrañas de aquella fiera bestia los que ya tenía tragados. Y como madres con sus hijos enfermos, así ellos se habian con los tales, regalándolos, mostrándoles compasion, derramando por ellos arroyos de lágrimas al todopoderoso Señor, suplicándole los perdonase; y así se cumplía. Porque no se tenían por dichosos en ir solos á aquella dichosa jornada para la ciudad celestial, ni tenían por cumplida la corona de su martirio, considerando que quedaban captivos parte de sus miembros, que de los reales de la Iglesia habia arrebatado el enemigo.

## CAPITULO XXIV.

Si guese otra persecucion que padescieron los fieles en Persia en tiempo del rey Sapor; en la cual padesció Simeon, obispo de Seleucia, y Ustazádes, varon excelente, y otros santos sacerdotes.

En tiempo del religioso emperador Constantino fué acusado falsamente ante Sapor, rey de los Persas, Simeon, obispo de Seleucia, diciendo que era amigo del Emperador romano, y que le descubria los secretos de su reino. Y dando él crédito á sus acusaciones, al principio puso pesadas cargas de pechos y tributos á todos los cristianos que hubiese en su reino, no obstante que era informado que muchos dellos habian dejado sus bienes y guardaban pobreza voluntaria, y ponian sobre ellos duros y crueles receptores, para que fatigados con su pobreza y con los agravios y tiranía de los alcabaleros

(f) Actor. 7.

dejasen la religion cristiana. Despues creciendo su crueldad, pasó á cuchillo los sacerdotes y ministros del Señor, y derribó las iglesias, y aplicó al comun de los pueblos los vasos y joyas que tenían; lo cual ejecutaban los encantadores. Despues mandó parescer ante sí á Simeon, como traidor al reino y religion de los Persas, atado con fuertes cadenas; donde gloriosamente mostró su fortaleza y magnanimidad. Porque mandándole el Rey parescer ante sí, no para otro fin que para atormentarle, no solamente no temió venir á su presencia, mas viniendo no le hizo el acatamiento acostumbrado. Por lo cual el Rey con ira le preguntó, cómo no le habia hecho reverencia como otras veces solia; á lo cual respondió Simeon: Hasta agora no venía preso para negar, ó afirmar la fe de mi Dios, y como sobre esta razon no habia entónces debate, cumplia la ceremonia que al Rey se debe por las leyes del mundo; mas agora ya no es lícito, porque no parezca que te hago reverencia en ofensa del Rey del cielo. Dicho esto, mandóle el Rey adorar al sol, y prometiéndole si lo hacia grandes mercedes, y si no lo hacia la muerte suya y de todos los cristianos que habia en su reino. Y como no pudiese moverle con fieros, ni ablandarle con promesas, mas fuertemente perseverase en no querer adorar al sol, mandóle volver á la cárcel, creyendo que por la larga prision se doblegaría á consentir lo que le era mandado. Y llevándole á la cárcel, un viejo estaba sentado á la puerta de palacio, el cual en su niñez habia criado á Sapor, y era entónces mayor-domo de su casa, llamado Ustazádes. Este viendo salir á Simeon por la puerta, hizole cortesía; pero Simeon reprehendiéndole agriamente á voces, y volviendo la cabeza con desden se partió dél. Esto hizo, porque siendo Ustazádes cristiano, poco ántes por la fuerza de los tormentos habia consentido en adorar el sol. El cual viendo al viejo, desnudóse la ropa rica que traía, y vistióse de jerga, y tornóse á asentar á la misma puerta de palacio, y llorando con sollozos, decía: ¡Ay de mí! ¿Cómo creeré que se habrá Dios conmigo, á quien he ofendido, cuando Simeon, mi amigo tan entrañable, así me menospreció, y me volvió el rostro? Y como esto oyese Sapor, llamóle y preguntóle la causa de su llanto, si por ventura habia acaescido algun desastre en su casa. Ustazádes respondiendo, dijo: ¡Oh Rey! ningun infortunio ha venido á mi casa; mas pluguiera á Dios que en lugar de lo que me ha acaescido, vinieran sobre mí todas las adversidades, y todas las afliciones de los hombres. Antes lloro porque vivo; que muchos dias ántes debiera morir. Veo al sol, al cual por obedescerte, adoré contra mi intencion. Por lo cual dos veces merezco la muerte: una porque te engañé, siendo mi rey, y otra porque fui cobarde y desleal á mi Dios y Señor Jesucristo, que solo se ha de adorar con el alma y con el cuerpo. Y diciendo esto, juró por el Criador del cielo y de la tierra, que de ahí adelante no mudaría su sentencia. Sapor maravillándose de la constancia de aquel hombre, mucho mas se encruelcsció contra los cristianos, creyendo que con hechicerías y encantamientos cobraban tanta fortaleza. Y perdonando por entónces al viejo, procuraba unas veces con halagos, otras con amenazas traerle á lo que queria. Y como nada aprovechase, prometiéndole Ustazádes que nunca sería tan loco que dejado el Criador de todas las cosas, adorase una de sus criaturas, movióse el Rey á gran furor, y mandó que fuese degollado. Y siendo llegado al tablado, rogó al

verdugo que esperase un poco, miéntras enviaba una embajada al Rey. Y dándole lugar llamó á uno de sus fieles criados, y díjole: Di á Sapor estas palabras en mi nombre: Por el favor que hasta agora tuve en tu casa, ¡oh Rey! sirviendo lealmente á tí y á tu padre (para lo cual no tengo necesidad de mas testigos que á tí), y por todos los servicios que á tu estado y casa hice en los tiempos pasados, te suplico me hagas esta merced; porque ninguno de los que no saben mi causa, piense que soy castigado como traidor, ó deservidor, ó enemigo del Rey; mas á todos sea manifiesta la justicia de mi condenacion, mandes que el pregonero haga saber á todos que Ustazádes es degollado, no por traidor ni enemigo de su rey, sino porque confesó que era cristiano, y no quiso por mandamiento del Rey adorar al sol, y negar al verdadero Dios. Así lo dijo el mensajero, y así lo mandó el Rey que se pregonase, creyendo que con esto podría retraer á muchos de la cristiandad, teniéndose por averiguado que á nadie perdonaría, pues mandaba degollar á su ayo y criado antiguo de su casa, y su fiel y aficionado servidor. Allende desto Ustazádes hizo que muy especificadamente declarase el pregonero la causa de su muerte; porque viendo que cuando primero por miedo de la pena adoró el sol, habia acobardado á muchos cristianos, quiso remediar el escándalo que les habia dado; para que oyendo que moría por la fe, ellos tambien se confirmasen en ella, y remedasen su fortaleza. Y desta manera el varon fuerte Ustazádes acabó su glorioso martirio.

## CAPITULO XXV.

Del martirio de Simeon con otros muchos (cuasi diez y seis mil) que fueron muertos en el reino de Sapor por maliciosas acusaciones de los agoreros.

Simeon sabiendo en la cárcel lo que habia pasado, cantó por ello himnos y loores á Dios. Otro dia siguiente, que era el viérnes de la semana sancta (en que se celebra la sagrada memoria de la pasion de nuestro Salvador), determinó el Rey matar á Simeon, porque sacándole de la cárcel, y trayéndole á palacio, hablaba á Sapor osadamente de la verdad de la fe, y no consentía en adorar al sol, ni al Rey. En el mismo dia se dió sentencia que juntamente fuesen degollados otros ciento que con él estaban presos: primero á todos estos, y despues al viejo Simeon, para afligirle con ver tantas muertes de sus hermanos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros clérigos de menores órdenes. Y como todos fuesen llevados al degolladero, vino allí el principal de los agoreros, y preguntóles si querian vivir y obedescer al Rey, y adorar al sol. Y como ninguno dellos escogiese la vida con tal condicion, comenzaron los verdugos á emplear sus espadas en las cabezas de los santos. A los cuales Simeon esforzaba, llegándose cerca de cada uno, y trayéndole á la memoria la fe, y la certidumbre de la resurreccion. Y con los testimonios de la sagrada Escritura los avisaba, que morir por tal causa era la verdadera vida, y negar á Cristo, la verdadera y irremediable muerte. Por tanto, que sufriesen con paciencia la muerte; pues dende á pocos dias habia de venir la muerte de la carne, sin que la trajese ajena crueldad. Porque este es el fin de todos los nascidos, que no se puede excusar; despues del cual no todos alcanzarán la vida perpetua, mas todos darán estrecha cuenta de los dias que aquí vivieron, y recibirán galardón por

lo bien hecho, y castigo por las ofensas cometidas. Y entre todos los servicios que á Dios se pueden hacer, ninguno es mayor que morir voluntariamente por su gloria. Con tales razonamientos animaba el capitán á sus caballeros, y así á cada uno enviaba informado, cuando le venia la hora de su encuentro. Y como el cuchillo pasase por los cuellos de todos ciento, á la postre llegó á Simeon, y á Abecla, y á Ananías; los cuales ambos honrados viejos habian sido juntamente presos, y detenidos en la cárcel con el obispo Simeon, con quien ántes habian tenido compañía en su iglesia; y así en la muerte no se apartaron dél. Estaba entre otros presente á los tormentos Pusicio, principal caballero entre los criados del Rey; el cual viendo á Ananías temblar, cuando le ataban para le degollar, díjole: ¡Oh viejo! cierra un poco los ojos, y asegúrate, que presto verás la cara de Cristo. Y en diciendo esto, arreatadamente fué preso, y llevado al Rey, y denunciado que era cristiano, y que osadamente habia hablado en favor de los mártires. Al cual el Rey mandó matar con crueldad extraña, y de forma nunca oída; ca le mandó abrir la cerviz, y sacarle por allí la lengua. Y hecho esto, salieron otros acusadores que denunciaron á su hija, vírgen religiosa, que era cristiana; y luego padesció martirio. Pero ¿cómo podré referir tantos mártires como padescieron? Porque los agoreros con gran diligencia los buscaban por todas las ciudades, y aldeas, y cortijos; y otros de su voluntad se presentaban, por no parescer que callando negaban la fe. Y desta manera matando generalmente á todos, y á nadie perdonando, murieron muchos de la casa del Rey, de los cuales fué uno Azánis, que era su muy querido y familiar. De lo cual se entristeció mucho el Rey, y templó la sentencia que tenia dada contra los cristianos, mandando que de ahí adelante no se matasen sino solo los sacerdotes y doctores de la ley de Cristo. Luego los agoreros y pontífices de los templos rodearon todo el reino, buscando los doctores y maestros de los cristianos, y prelados de las iglesias, y trajeron muchos, mayormente de la region de los Adiabenos, donde habia gran número de cristianos. Entre otros hallaron á Acepsema, obispo, con muchos de sus clérigos, y contentáronse con traer preso al Obispo, y á los otros despojaron de sus haciendas. Pero siguió á Acepsema Jacobo, sacerdote de Ponto, porque rogó á los agoreros, y alcanzó dellos que juntamente le llevasen atado. Y estando en compañía del viejo, le servia como podía, y curaba sus llagas, y consolaba su trabajo cuanto le era posible, hasta que los agoreros le atormentaron con penas crueles, forzándole á adorar el sol. Pero viendo su resistencia, volviéronle á la cárcel. Dende á algunos dias el príncipe de los agoreros consultó al Rey, qué debía hacer de los presos que eran muchos, sacerdotes y diáconos. Y recibida comision, que si no quisiesen adorar al sol, hiciese dellos lo que quisiese, enviélos á la cárcel la provision real. A la cual llanameamente respondieron todos, que no harian tal traicion á Dios, que adorasen la criatura por el Criador. Por lo cual todos fueron juntamente azotados, y algunos espiraron entre los azotes: uno de los cuales fué el sobredicho Acepsema, cuyo cuerpo recogieron escondidamente ciertos armenios, que á la sazón estaban en rehenes en Persia, y le sepultaron. Otros quedaron vivos de los azotes, aunque contra todas las fuerzas naturales, los cuales fueron vueltos á la cárcel. Uno dellos era Aitalas, á quien descoyuntaron los brazos